

puntos de disconformidad puesto que podían ser resueltos en la propia Roma y en las bibliotecas que Raissa Calza frecuenta habitualmente.

La pobreza de iconografía imperial a partir del siglo III hallada en España es evidente aunque no haya llegado a ser pública ni se le haya considerado notoria. Raissa Calza alude, únicamente, a dos piezas en España, una de ellas obviamente forastera. Prescindiré puesto que no me parece útil añadir o aludir referencias a piezas dudosas o poco explícitas como algunos *pondera*, etc.

Para el retrato del Prado atribuido a Constantino podía haberse citado, al menos, el catálogo de esculturas de dicho centro completando la bibliografía que se cita, es probable que Jucker lo haya visto directamente pero es dudoso que L'Orange lo viera en la época en que preparó sus *Studien*. Como, además, el retrato no se reproduce resulta difícil identificarlo entre las imágenes de «romano desconocido» que pueblan el catálogo para quienes no disponemos del estudio de Jucker.

Otro caso es el «retrato en mosaico» del emperador Constante que, según la hipótesis de Schlunk, aparecería en Centcelles. Resulta curioso que se diga que el mausoleo fue «descubierto» en 1951, en realidad cosa de un siglo antes, y se desconozca toda la bibliografía precedente, en parte publicada en Roma, y posterior, asequible en Roma sin especiales dificultades, que en parte puede dar pie a la discusión de la hipótesis de Schlunk considerando el monumento como mausoleo del emperador.

El segundo punto se concreta en el problema de la aceptación de las atribuciones de Kähler queriendo ver retratos constantinianos en los mosaicos de la «basílica S.» de Aquileya. No pienso entrar aquí en las múltiples razones que, a diez años vista, pueden aducirse en contra de la tesis de Kähler pero me permito anotar que en parte se hallan expuestas en la recensión que dedicó Carandini al estudio de Kähler en *Archeologia Classica*. Sin embargo estas obras de conjunto representan siempre una contribución que no es perfecta, es perfectible pero, sobre todo, es, *hic et nunc*, imprescindible.—ALBERTO BALIL.

KISS ÁKOS, *Roman Mosaics in Hungary*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1973, 4.º, 72 pp., xviii láms., 1 mapa. (= FONTES ARCHAEOLOGICI HUNGARIAE.)

Apenas una docena de localidades de Hungría han dado, hasta ahora, mosaicos de los cuales poco más de treinta son susceptibles de estudio. Este catálogo, introducción e índices aparte, se divide en cuatro secciones, «historia de la investigación», «descripción de los mosaicos», «valoración de elementos y estructuras» y «principios generales de investigación».

Nos hallamos, por consiguiente, ante un conjunto muy inferior en número al que, por término medio, ofrece una provincia de la Península Ibérica situada al S. del Duero. Esta diferencia y discrepancia sólo puede explicarse por las diferentes condiciones socio-económicas imperantes en Hispania y Pannonia, en su parte correspondiente a la Hungría actual. Condiciones más parecidas pueden hallarse en el N. de la Península Ibérica en cuanto a número de mosaicos y, probablemente, condiciones socio-económicas.

Las primeras noticias sobre hallazgos de mosaicos corresponden al siglo XVIII, recuerdese que la reconquista de la fortaleza de Obuda no tiene lugar hasta 1686. Los hallazgos se suceden hasta el primer decenio del siglo XX centrándose principalmente en Aquincum y en alguna villa como la de Baláca. Se debe principalmente a Wollanka con su estudio del mosaico del *aula absidiata* de Baláca y el mosaico con el «suplicio de Dirce» de Savaria la difusión de algunos mosaicos de Pannonia en la bibliografía internacional

durante el segundo cuarto del siglo xx. En años sucesivos los hallazgos se multiplicaron singularmente en el campamento Aquincum y en las *canabae* de la misma localidad.

Los elementos figurados son escasos. Un delfín de las termas del «palacio del legado» en Aquincum puede relacionarse con los temas de *thiasos marino* tan ampliamente cultivados por los musivarios itálicos del siglo II y que no son infrecuentes en la Península Ibérica. El mosaico del «suplicio de Dirce» de Aquincum, el de Savaria, el de «Hércules y Deianira» en la misma localidad, los de púgiles de las *canabae* de Aquincum, y en relación con los mismos, probablemente, un tigre de la misma localidad, así como el posible «Okeanos» de Baláca. Constituyen la totalidad del repertorio.

Es un repertorio rico en contrastes. El «suplicio de Dirce», más próximo al mosaico de Sagunto que al de Pola, no es un tema demasiado frecuente pero aún lo es menos el de «Hércules y Deianira» (prescindase ahora del falso ochocentista del Museo Arqueológico Nacional de Madrid) mientras los *ludi*, en sus distintas especialidades, aparecen representados, con mayor o menor frecuencia, en la mayor parte del Imperio, singularmente en Occidente.

El contraste entre el «palacio del legado» de Aquincum y los pavimentos de las *canabae* es muy marcado. Si los primeros entran en el ámbito del mosaico itálico en blanco y negro del siglo II los demás muestran el entrecruce de gustos y tendencias, más yuxtaposición que aleación, del mosaico severiano y post-severiano. Características análogas muestran los de la villa de Baláca o los pocos fragmentos de Savaria. Caso aparte es el mosaico de la supuesta construcción cristiana de Sopianae (pero no puede tratarse de una necrópolis tardía que surgió y se desarrolló sobre las ruinas de una construcción romana? La diferencia con el mosaico de la basílica cristiana de Savaria parece muy marcada).

Creo de interés destacar que, si bien muy brevemente, se incluye una referencia a los pavimentos de baldosines que costumbran a ser olvidados. Que yo sepa sólo en su cuarta forma, en espiga, tienen equivalencia en la Península Ibérica.

El análisis y valoración de estos mosaicos plantea sus problemas. El material comparativo aducido al estudiar los pavimentos del «palacio del legado» de Aquincum basta para confirmar su vinculación itálica deducible o presumible del análisis de las láminas. No me parece tan fácil el caso de los mosaicos figurados de las *canabae* ni, en general, de los mosaicos figurados de Hungría. No se trata de problemas de cronología cuanto de filiación. Hay que pensar en Italia, pero el mosaico figurado de esta época en el N. de Italia es aún poco conocido y lo conocido no siempre se ha estudiado suficientemente, o bien orientarse hacia las zonas del Egeo. Hoy se cuentan con bases documentales bastante seguras para su extremo oriental pero nuestro conocimiento de Grecia, con bibliografía dispersa incompleta y poco asequible, es un tanto insuficiente y entre el Egeo y el Danubio se presenta un notable vacío que no colman ciertamente las noticias aisladas sobre algunos pavimentos aislados de Yugoslavia o Bulgaria ni podemos satisfacer con los conocimientos disponibles sobre los pavimentos de Apulum. En todo caso no parece, al menos por ahora, que la solución deba buscarse en la cuenca occidental del Danubio. El elemento altoitálico parece más evidente en la Baláca pero creo que a nadie repugnaria, *a priori*, pensar que la pavimentación musiva de la villa pudiera haberse desarrollado en dos fases. En Savaria y en Sopianae elementos altoitálicos y renanos parecen confluir. El problema principal se halla, desde un punto de vista personal, en el hecho que tales elementos ornamentales aparezcan en ocasiones en mosaicos cuyos elementos o paneles figurados parecen ser de vinculación muy diferente, como ya se ha señalado. Parece prematuro suponer de ello una *lectio faciliior*, la existencia de una división del trabajo y una formación diferente

de los equipos que ejecutaban las composiciones figuradas con respecto a aquellos que se encargaban de lo que pudieran llamarse rellenos ornamentales. Se impone en ello desarrollar una observación del autor. Del mismo modo que los motivos ornamentales no pueden ni deben estudiarse aisladamente sino en su contexto, aún más, en su sintaxis compositiva, tampoco los paneles figurados pueden ser estudiados aisladamente prescindiendo de su contexto ornamental... Del mismo modo que no se puede hablar ya de una musivaria del *limes* como aspecto del supuesto «Soldatenkunst» ni tampoco suponer que los artesanos, itinerantes en mayor o menor grado como acostumbraban a ser los musivarios antiguos a excepción de los grandes centros urbanos o en los territorios de latifundismo intensivo, fueran emigrantes del S., la hipótesis del a. de una simbiosis Italia, alta Italia, y Oriente, es grata y, posiblemente, aceptable pero requiere la prueba final aportada por un mejor y más preciso conocimiento de los mosaicos romanos al S. del Danubio y al N. de las costas griegas.—ALBERTO BALIL.

DOROTHY BURR THOMPSON, *Ptolemai Oinochoai and Portraits in Faience. Aspects of the Ruler-cult*, Oxford, Clarendon Press, 1973, 4.º, 222 pp., lxxiv láms. (= OXFORD MONOGRAPHS ON CLASSICAL ARCHAEOLOGY.)

Este libro está dedicado al estudio de un capítulo de la historia de la producción de vasos vidriados en el mundo helenístico. La serie de *Oinochoai* alejandrinos denominados, con frecuencia, «vasos de las reinas». No faltaba alguna bibliografía preliminar y con frecuencia se han reproducido tales vasos en obras generales sobre el mundo helenístico o la iconografía real. Sin embargo los estudios previos eran breves y las reproducciones se limitaban a unas pocas piezas. Faltaba, como en este caso, un intento por catalogar la totalidad de lo conocido, concretamente numerosos fragmentos, y superar el marco de lo cerámico propiamente dicho para entrar en un significado, socio-político, más amplio. El marco de los «vasos de las reinas», propiamente dichos, y sus fragmentos, ha sido superado incluyendo una treintena, escasa, de piezas emparentadas, con lo cual lo catalogado se aproxima a unas trescientas piezas, en su mayor parte fragmentos.

Aproximadamente el 90 por 100 del material procede de Alejandria, el resto de Africa, principalmente Egipto, y de localidades, insulares o continentales, próximas al Egeo. Constituyen una excepción el vaso del Museo Británico que dicese hallado en Canosa y un retrato real, por tanto perteneciente a la serie de «piezas emparentadas», aparecido en trabajos de excavación efectuados en Londres. Este aspecto de la distribución del material es el tema del cap. I.

El cap. II trata de los aspectos técnicos, en primer lugar el impreciso nombre de «faience», personalmente he preferido el genérico de «vidriado» a limitarme a traducir el general por nuestro «faenza» lo que no dejaría de producir confusiones. Pese a los recientes análisis no creo que los resultados contradigan o inutilicen los obtenidos por Lucas o von Bissing. Si es interesante la serie de cambios advertidos a medida que la serie se desarrolla. No resulta nuevo lo que se dice sobre las formas de los vasos o la técnica de decoración aplicada. Sigue en el aire la identificación de prototipos en metal, siquiera para la forma, con lo cual nos hallamos, más o menos igual que hace medio siglo. Las observaciones sobre las asas son interesantes aunque no puede extremarse la posibilidad de que la secuencia tipológica apuntada tenga una rigurosa traducción en el tiempo. Sobre el origen sólo puede hablarse, en vía de hipótesis, de la helenización de una costumbre